

IMÁGENES MORALES E IMAGINACIÓN MORAL

RUTH ANNA PUTNAM

WELLESLEY COLLEGE

Martha Nussbaum ha afirmado que algunas opiniones referidas a la complejidad del mundo y a lo que es llevar una vida buena en ese mundo “no pueden expresarse de manera completa ni adecuada en el lenguaje de la prosa filosófica convencional [...] sino únicamente en un lenguaje y en formas que por sí mismas sean más complejas, más alusivas, más atentas a las particularidades”.¹ Su esfuerzo por aclarar esta afirmación y mostrar, por medio de la lectura de *The Golden Bowl* de Henry James, cómo puede una novela funcionar a manera de filosofía moral, impulsó a Hilary Putnam a escribir: “Mientras se considere que las filosofías morales son teorías que indican cuál es el ‘fundamento’ de la moralidad, o bien ‘metodologías’ —métodos para decidir qué hacer en casos concretos—, parece bastante claro que un trabajo sobre filosofía moral es una cosa y una obra de ficción es otra muy diferente, sin importar qué tanto contenido moral pueda haber en la creación de esta última.” Sin embargo, Putnam de hecho no considera que la filosofía pueda proporcionar fundamentos, y yo no creo que se imagine una filosofía moral adecuada como metodología para resolver dilemas morales. En efecto, concluye ese ensayo afirmando que si la filosofía no ha de ser vista como una copia de un mundo preexistente, sino como creadora de un mundo, “la brecha entre las obras de ficción y las de filosofía podría resultar considerablemente más estrecha”.²

Si bien regresaré reiteradamente a la relación entre ciertas obras de la imaginación literaria y la filosofía moral, quisiera advertir ahora que no debe ponerse demasiado énfasis en el problema de la amplitud de la brecha entre obras de ficción y obras de filosofía moral. Lo que está en juego en la discusión entre Putnam y Nussbaum es, desde la perspectiva de Putnam, el lugar de las reglas en nuestra vida moral, de ahí su título “Taking Rules Seriously”, mientras que para Nussbaum es el lugar de la percepción. Evidentemente, el

¹ Martha Nussbaum, *Love's Knowledge*, Oxford University Press, Nueva York, 1990, p. 3. En lo que sigue esta obra se citará con la abreviatura *LK*.

² Hilary Putnam, “Taking Rules Seriously”, en *Realism with a Human Face*, Harvard University Press, Cambridge, 1990, p. 200. En adelante se citará mediante la abreviatura *RHF*.

asunto no es si existe *un* lugar para las reglas o *uno* para la percepción; ambas ocupan un lugar en nuestras vidas morales tal y como las entienden estos autores. Sin embargo, Nussbaum y otros sostienen que la importancia de la percepción ha sido sumamente subvalorada en la filosofía moral tradicional, léase kantiana o utilitaria, mientras que Putnam se preocupa por lo que llama “la actitud despectiva de Nussbaum hacia las reglas y hacia la ‘explicación kantiana’” (*RHF*, p. 193) y teme que una moralidad de la percepción se disuelva en una ética de la situación cero. En este artículo quiero explorar el papel de la percepción y el de las cosas que no son percepción, en particular el de las imágenes morales y la imaginación moral en nuestras vidas morales.

Hilary Putnam introdujo la noción de una imagen moral del mundo en *The Many Faces of Realism*.³ Tras discutir la noción kantiana de igualdad humana, propuso que el aspecto en el que los seres humanos somos iguales, según Kant, es que tenemos que pensar por nosotros mismos en relación con el problema de cómo se debe vivir, y que tenemos que hacerlo sin suponer un *telos* humano o sin tener una noción clara del desarrollo humano. Esta concepción de la igualdad es, a diferencia de las anteriores, incompatible con el totalitarismo. Al proponer esto, afirma, Kant nos ha proporcionado una imagen moral del mundo (*MFR*, pp. 50–51). Considerando el ejemplo previo, nuestra imagen moral del mundo determina cómo nos vemos a nosotros mismos y a los demás en los términos más básicos. Hilary Putnam encuentra esta imagen kantiana sumamente atractiva, aunque sostiene que necesitamos una pluralidad de imágenes. Puesto que lo que requerimos es una imagen coherente, yo creo que esta referencia al pluralismo debe ser entendida en un sentido doble. Por una parte, la imagen de nosotros como personas que elegimos de manera autónoma es demasiado vaga, debe ser llenada de varias formas, necesitamos una imagen rica en texturas pero coherente. Por otra parte, es preciso reconocer que personas con imágenes morales diferentes pueden llevar vidas morales igualmente buenas. No quiero decir, como es obvio, que todas las imágenes morales sean igualmente buenas, hay imágenes morales abominables, sino que hay imágenes morales alternativas con las que la gente ha llevado vidas buenas y que podemos aprender de sus imágenes como ellos pueden aprender de las nuestras. Una de nuestras debilidades más hondamente arraigadas es, sospecho, una tendencia a tener imágenes morales que son demasiado vagas.

De hecho, voy a considerar que nuestra imagen moral determina o que, en todo caso, influye de manera decisiva en la forma en que nos vemos a nosotros mismos y a los demás. Sin embargo, necesito tener en cuenta las observaciones ulteriores de Hilary Putnam sobre este tema, en especial porque me he

³ Hilary Putnam, *The Many Faces of Realism*, Open Court, LaSalle (Ill.), 1987. Se citará con la abreviatura *MFR*.

apropiado de una expresión que él emplea de un modo muy diferente. Él escribe: “Una imagen moral, en el sentido en que empleo el término, no es una afirmación de que esto o aquello sea una virtud, o de que tal o cual cosa sea lo que se debe hacer; sino más bien es una descripción de cómo nuestras virtudes e ideales están unidos entre sí y qué relación tienen con la posición en la que nos encontramos” (*MFR*, p. 51). Agrega que los filósofos que prefieren hablar de virtudes, o de derechos, o de deberes se equivocan. “Lo que necesitamos en la filosofía moral es, en primer lugar y sobre todo, una imagen moral del mundo, o más bien —pues, aquí una vez más, soy más pluralista que Kant— cierto número de imágenes morales complementarias” (*MFR*, p. 52). Un poco después defendió la importancia de tener una imagen moral del mundo, mostrando lo que sucede si se quiere proponer una defensa de la democracia “sin apelar a una imagen de la naturaleza humana” (*MFR*, p. 57), a saber, uno no podría defender la democracia contra una utopía/atopía tecnocrática, como por ejemplo la que describe Huxley en *Brave New World*. Necesitamos, parece afirmar, una imagen moral antes de que podamos justificar cualquier lista de virtudes o cualquier ideal, *antes*, en consecuencia, de que podamos construir “una teoría de cómo nuestras virtudes e ideales están unidos entre sí y qué relación tienen con la posición en la que nos encontramos”; por lo tanto, semejante teoría no puede ser, en sí misma una imagen moral. Este “antes” no es, naturalmente, un antes temporal. Sin duda, cuando crecemos adquirimos tanto virtudes como vicios, aprendemos lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer, llegamos a hacer valer nuestros derechos y a reconocer los de los demás, aprendemos a ver a los otros por sí mismos, a percatarnos de los rasgos moralmente relevantes de las situaciones, desarrollamos una imagen moral. Aprendemos todas estas cosas no de manera aislada, sino porque formamos parte de una comunidad humana; compartimos nuestra moralidad con otros miembros de la comunidad, o bien existe, por lo menos, lo que Rawls llama un consenso superpuesto. El filósofo que intenta construir una teoría de cómo están unidos estos elementos en los que concordamos, debe guiarse por la imagen moral que se refleja en ellos; o si intenta proporcionar una fundamentación o una justificación de estos valores, necesita encontrarla en la manera en que nos comprendemos a nosotros mismos y a cada uno en el nivel más fundamental. De lo contrario, ésta sería la postura si Hilary Putnam fuera fundamentalista. Pero, como todos sabemos, a últimas fechas rechaza la idea de una fundamentación. El problema de la justificación de una imagen moral del mundo puede plantearse del mismo modo en que se plantea la de cualquier valor parcial y particular. A la larga, debemos enfrentar el hecho de que “la noción de un valor, la noción de una imagen moral, la noción de un patrón, la noción de una necesidad están tan entrelazadas que ninguna de ellas puede ofrecer una ‘fundamentación’ de la ética” (*MFR*, p. 79). Esto último es, obviamente, una posición que ambos hemos defendido desde hace mucho

tiempo. Resulta, me parece, que cuando él afirma que una filosofía moral requiere de una imagen moral, no debe entenderse que una filosofía moral tenga que tener una fundamentación o una justificación última para cualquier valor que adopte, una fundamentación que sólo puede ser proporcionada por una imagen moral. Más bien debemos entender, y con esto estoy de acuerdo, que sin una imagen moral cualquier filosofía moral está incompleta.

También estoy de acuerdo con su observación de que “una moralidad genuina debe reflejar siempre una imagen moral sustancial” (*MFR*, p. 61), pero reflejar no es lo mismo que articular. Tiendo a pensar que es difícil articular una imagen moral del mundo, que es particularmente difícil articular nuestra propia imagen moral porque, como vimos, no es un conjunto de creencias, tampoco un listado de reglas o virtudes, es la manera como nos vemos a nosotros mismos y a los demás y nuestro lugar y el de los demás en el mundo. Nuestra imagen moral se muestra en nuestra vida, y si además somos filósofos en nuestra obra; sin embargo creo que se muestra más claramente en nuestra vida. También sucede, aunque es otro problema, que debido al peligro siempre presente de la autodecepción nuestra vida podría revelar una imagen moral diferente de la que está implícita en nuestra filosofía moral. De cualquier modo, si las imágenes morales se reflejan más claramente en la vida que en los tratados y si una filosofía moral está irremediablemente incompleta sin una imagen moral, entonces las novelas y los dramas y, tal vez la biografías y autobiografías bien escritas podrían ser complementos importantes, acaso indispensables, de las obras de filosofía moral más tradicionales.

Como lo he reiterado, nuestra imagen moral del mundo moldea nuestra percepción moral. Ahora quiero examinar el papel de la percepción en nuestra vida moral. Martha Nussbaum afirma que Aristóteles fue el primer filósofo que puso énfasis en la prioridad moral de la percepción. Al considerar la dificultad de saber cuándo la conducta de alguien que se aparta del comportamiento correcto autoriza la condena, cita la *Ética Nicomaquea*, 1109b: “el discernimiento se basa en la percepción” (*LK*, p. 69). Me parece importante ver cómo interactúan las reglas (o los patrones) y la percepción en estos casos.

El alpinismo es, creo, un caso límite entre el valor y la temeridad; si es uno u otro depende ciertamente de la percepción. Para aclarar aún más lo que quiero decir, pienso en las personas que escalan el Himalaya, personas bien entrenadas, bien equipadas y que durante el ascenso no corren riesgos inútiles desde su punto de vista. ¿Cómo se percibe en estos casos el alpinismo? Cora Diamond escribe que el alpinista George Mallory comparaba a los alpinistas con las personas que poseen talento para la música. Justamente porque así como estos últimos necesitan sacar partido de las oportunidades para explotar sus talentos, es decir, ejecutar música, así aquellos que poseen un talento para

escalar montañas deben escalar montañas.⁴ Concluyo que los alpinistas, en todo caso los alpinistas que se entienden a sí mismos del modo en que Mallory lo hace, arriesgan su vida en aras de la integridad moral o espiritual. En este aspecto son comparables a alguien que se expone a la difamación y tal vez arriesga su empleo al apoyar una causa impopular o al defender a un amigo. Y al igual que los soldados valientes, están preparados para permanecer al lado de sus compañeros sin importar cuál sea el peligro, si esto fuese necesario en el curso de un ascenso. Los alpinistas, entendidos de esta manera, hacen lo que deben, son valientes y no temerarios. Desde el punto de vista de un actuario, por el contrario, el alpinismo es una de las actividades más arriesgadas en las que los hombres participan y de la que sólo obtienen una compensación trivial; es, desde su punto de vista, tan tonta como jugar “gallo-gallina”.

El discernimiento se basa, efectivamente, en la percepción, pero el problema entre el valor y la temeridad inútil aparece sólo porque ya tenemos una noción de valor con ejemplos claros y nociones de cobardía y temeridad con ejemplos claros. Sólo en este contexto se basa el discernimiento en la percepción, pero ¿en la percepción de quién? Éste es el problema que motiva la inquietud de Hilary Putnam con respecto a que una moralidad de la percepción podría conducir a una ética de la situación cero. Creo que existen respuestas a esta preocupación. Una de ellas, que es tal vez la de Aristóteles y es ciertamente la de Iris Murdoch, consiste en reconocer que no toda percepción es genuina. Desarrollaré esta respuesta con mayor detalle más adelante. Otra respuesta, la mía, consiste en afirmar que las percepciones morales están modeladas por la imagen moral de quien percibe y están inscritas en la vida moral de éste. La imagen que George Mallory tiene de una persona es más rica y compleja que la de un actuario, según él, el desarrollo humano depende de cosas que no pueden cuantificarse en dólares y centavos ni en años de vida. Es probable que sea difícil elegir entre la percepción que Mallory y el actuario tienen del alpinismo. No obstante, una vez que se consideran las imágenes morales que conforman estas percepciones, podríamos optar sin titubeos por la del primero. O podríamos no hacerlo. Por el momento, mi argumento es simplemente que cuando confrontamos percepciones opuestas estamos desprovistos de otros recursos morales.

Alguien podría objetar en este punto que no nos confrontamos con percepciones morales antagónicas, sino que sólo percibimos lo que podemos percibir. Es obvio que, por lo común, la manera en que percibimos una situación es como consideramos qué es. Pero algunas veces no estamos seguros. Caminando durante el crepúsculo podría preguntar a mis compañeros: “¿Qué crees que sea eso que está allá?, ¿qué parece, según tú?” De manera semejante, al pensar en el alpinismo podría sentirme insegura de mi percepción, podría

⁴ Cora Diamond, *The Realistic Spirit*, The MIT Press, Cambridge, 1991.

vacilar entre verlo como algo heroico y preguntarme si no es más bien un desperdicio de vidas jóvenes que podrían ser empleadas en otros proyectos. Justo como en el caso del crepúsculo, si mis compañeros están en desacuerdo, lo que sé sobre ellos podría conducirme a confiar en la opinión de alguno de ellos en lugar de en la de otro (no confiar en la del que es temeroso o tiende a ver peligros). Así, en el caso del alpinismo, me inclino a confiar en Mallory porque el ver a la gente, entre otros modos posibles, como portadores de talentos que es necesario emplear, me parece que puede proporcionar, en otros casos, percepciones que conduzcan a juicios más justos y acciones de mayor apoyo. Otra manera de poner esto, tal vez más honesta, consiste en afirmar que prefiero tener la imagen de Mallory que la del actuario.

Sugerí que el realismo moral de Iris Murdoch ofrece otra respuesta a la preocupación de Hilary Putnam de que una ética de la percepción podría conducir a una ética de la situación cero. Lo que impide este colapso, podría argumentar Murdoch, es el hecho de que existe una distinción entre una visión justa y una distorsionada, en consecuencia, que hay una realidad con la cual nuestra visión se adecuará o no. Nos preguntamos, entonces, si hay algún medio para decidir si nuestra visión es justa o distorsionada, puesto que sin algún tipo de criterio estamos condenados a un escepticismo moral, que para fines prácticos es tan vacío como una ética de la situación cero. Murdoch responde aquí que lo que se revela como “una mirada justa y compasiva” es una realidad moral, y la percepción de esa realidad propiciará una conducta correcta, si es que la conducta está en juego. ¿Cómo obtenemos, entonces, una mirada justa y compasiva? La respuesta es: por cualquiera y por todos los medios que nos permitan no ser egoístas o practicar el altruismo; un medio importante es apreciar la belleza en la naturaleza o en el arte, otro es la contemplación de personajes presentados en dramas, novelas o grandes pinturas. “Lo que se aprende aquí, escribe Murdoch, es algo acerca de la cualidad real de la naturaleza humana, cuando se la contempla, según la justa y compasiva visión artística, con una claridad que no pertenece a la precipitación de la vida ordinaria que se centra en uno mismo.”⁵

Murdoch hace hincapié en el papel de la percepción moral porque está interesada en refutar la descripción del agente moral como alguien que es confrontado constante y abruptamente por decisiones existenciales. No somos voluntades “vacías y frívolas” (SG, p. 36) y no deberíamos concebirnos a nosotros mismos de ese modo. Sólo podemos, escribe, elegir en el mundo que percibimos un mundo que haya sido construido lenta e imperceptiblemente por nuestro esfuerzo vigilante. La atención, agrega Murdoch, “construye alrededor de nosotros estructuras de valor” hasta tal punto que “en los

⁵ Iris Murdoch, *The Sovereignty of Good*, Schocken Books, Nueva York, 1971, p. 65. Para las referencias a este libro se utilizará la abreviatura SG.

momentos de decisión cruciales la mayor parte del trabajo de elegir está casi concluido [...] el ejercicio de la libertad es una pequeña parte del trabajo que continúa todo el tiempo y no un enorme salto sin obstáculos en los momentos decisivos" (SG, p. 37). En esta perspectiva, la vida moral es algo que sucede continuamente. En efecto, escribe páginas después: "Si atiendo adecuadamente no tendré elecciones y ésta es la condición última a la que debe aspirarse" (SG, p. 40).

Hay algunos elementos en estos comentarios que me parecen correctos y otros terriblemente equivocados. Lo que parece acertado es que sólo podemos elegir en el mundo que percibimos, pero este mundo no tiene por qué haber sido construido mediante una persistente "mirada justa y compasiva". La ira, el resentimiento y el amor romántico son emociones que con facilidad distorsionan la visión y pueden socavar la estructura de valores que hemos construido. Si esto es así, puede ser que en el momento de elegir parezca que no hay elección posible, pero no se sigue que lo que se haga sea lo correcto. También parece correcto que la vida moral es continua, que la mayor parte de nuestras elecciones son pocas y apenas conscientes. Sin embargo, existen situaciones en las que se necesita la deliberación, en las que es muy poco claro lo que debemos hacer. Hay situaciones donde resistimos o sucumbimos a la tentación. Y hay situaciones que modifican nuestra vida, en las que nos convertimos en alguien "nuevo"; estas experiencias tipo conversión no son el resultado de cambios lentos e imperceptibles.

Las objeciones que acabo de presentar son, sin embargo, relativamente menores. Tal vez, mi concepto de percepción moral es demasiado estrecho, quizás lo que observamos no son sólo situaciones individuales y particulares, tal vez uno ve también que en esta situación se tiene el deber de hacer esto o lo otro. Pero, si extendemos el concepto de percepción lo bastante para que comprenda la percepción de nuestros propios deberes, entonces debe ser posible percibir deberes conflictivos. Se requeriría de una fe extraordinaria en el bien supremo del universo para creer que todas las percepciones de esos conflictos son percepciones distorsionadas, fracasos de la mirada justa y compasiva.

Lo que encuentro profundamente perturbador en la insistencia de Iris Murdoch en la percepción moral y en su teoría de ésta se debe a su imagen moral. Murdoch está convencida de que lo que se interpone entre nosotros y una vida moralmente buena es nuestro egoísmo natural, sus ejemplos de seres humanos buenos son simples casos de madres generosas en familias grandes o personas que se comportan generosamente en campos de concentración. Pero, aun cuando no dudo que con frecuencia el egoísmo puede conducir a malas acciones, no estoy convencida de que un poco de egoísmo de vez en cuando no pueda ser positivo; podría permitirnos ver claramente que no sólo nosotros mismos sino también otros son usados, digamos por los padres de esas familias grandes. De manera más general, no es claro cómo se podría

mirar compasivamente el mal. En todo caso, incluso si esta objeción delata sólo mi incapacidad para concebir con claridad el tipo de desinterés y amor en los que Murdoch está pensando, estoy convencida de que la abnegación por sí sola no es suficiente para apreciar situaciones morales de una manera adecuada y para actuar correctamente. La abnegación puede estar asociada con una devoción fervorosa a una causa, a un código moral perverso, a una pereza imaginativa por mencionar sólo tres posibilidades en las que la abnegación no garantiza una justa percepción. Voy a examinar brevemente las dos primeras dificultades.

La devoción fervorosa a una causa tiende a producir ceguera ante todo aquello que no es relevante para esa causa, y no me parece claro cómo la sola determinación de no ser egoístas podría evitar que fuésemos fanáticos en varios sentidos y, en consecuencia, incapaces de percibir los rasgos moralmente relevantes de una situación. Quienes se oponen a la legalización del aborto están tan preocupados por los derechos de los que no han nacido que olvidan los aprietos de muchos de los que han nacido. Naturalmente, no quiero prevenir de un modo demasiado enfático contra la tenacidad, cualquier meta valiosa exige bastante concentración. Mi tesis es más bien ésta: no es suficiente saber qué es lo que no deberíamos considerar, sino también saber qué buscar. Saber qué es lo que hay que buscar está, algunas veces, en función de nuestra imagen moral. Un kantiano, por ejemplo, detectaría un comportamiento paternalista, pero, como los críticos de Kant tienden a señalar, no consideraría y ni se percataría de las emociones de quienes están involucrados en esa relación.

Hay códigos morales a los cuales podemos consagrarnos desinteresadamente, pero que nos pueden hacer totalmente ciegos a la humanidad, al sufrimiento de alguno de nuestros congéneres. Tanto musulmanes como cristianos han asesinado en nombre de la expansión y preservación de la fe y lo han hecho desinteresadamente, aunque han permanecido ciegos al sufrimiento que causaron o en todo caso a su significación moral. Lo que se necesita aquí va más allá del altruismo, lo necesario ha sido expresado en un texto de George Eliot que a Hilary Putnam le gusta citar: "No hay doctrina general que no sea capaz de destruir nuestra moralidad, si no la vigila el hábito profundamente arraigado de la compasión por nuestros congéneres individuales."⁶

Por último, sugerí que ser altruista puede estar asociado con una pereza imaginativa de modo tal que nos impediría la justa percepción. Ahora en un sentido que es imposible. La abnegación y la percepción moral requieren ambas de la imaginación, pero la imaginación está incluida en la vida moral de

⁶ George Eliot, *Middlemarch*, cap. 61.

varias maneras. Dos de ellas están comprendidas en lo que Adrian Piper⁷ llama "imaginación modal", la capacidad de imaginar estados de cosas que no percibimos en el momento o que no recordamos haber percibido. Alguien que carece de imaginación modal sería incapaz de imaginar los sentimientos, deseos, emociones, etc., de los demás; sería incapaz de imaginar estados de cosas futuros y acciones posibles para realizarlos. Es obvio que sólo quien estuviese sumamente incapacitado mentalmente sería del todo incapaz de hacer esto último, como alguien severamente incapacitado emocionalmente sería incapaz de hacer lo primero. Pero existen personas que tienen un acceso mínimo a su propia vida interior y que son, en consecuencia, incapaces de imaginar más de un ápice de la de los demás. Éstas pueden ser altruistas, pero no logran percibir los rasgos moralmente relevantes de una situación. Por ejemplo, tendrían conciencia y se indignarían por el hecho de que una rampa fuese muy estrecha para contener una silla de ruedas, pero no apreciarían el terror de la persona que debiese atravesarla. Así, aunque presentaran una queja, hicieran lo necesario para que la rampa fuese ampliada e incluso ayudaran a alguna persona a atravesar la rampa, no le dirían nada a ésta para calmar sus nervios ni le preguntarían si ya está lista para continuar.⁸ Me apresuro a afirmar que Iris Murdoch está plenamente consciente de que la mirada justa y compasiva comprende este uso de la imaginación.

Una percepción moral adecuada también requiere del otro uso de la imaginación modal, a saber, la capacidad de concebir posibles futuros alternativos, de imaginar cursos de acción diferentes y lo que resultará de éstos. El altruismo es fácilmente compatible con una carencia de imaginación de este tipo y ciertamente es sospechoso desde el punto de vista de Murdoch. Teme que pueda degenerar en fantaseo o en un encubrimiento de la realidad en interés del yo. Incluso si consideramos una situación desesperada o no, si vemos una obligación impuesta a alguien como algo inevitable o gratuito, si nosotros mismos nos encontramos confrontados con un dilema o vemos una tercera posibilidad, todo esto depende de lo que podemos imaginar. Martha Minow⁹ considera el caso de Amy, una niña sorda. Siguiendo la actual legislación estadounidense, que fomenta la incorporación de los niños excepcionales a la generalidad, Amy asiste a una escuela pública común. Puede leer los labios y de esta manera se las arregla para captar el 57% de lo que sucede en el salón de clases. Los padres solicitan que se contrate un intérprete del lenguaje de los sordomudos, pero la escuela argumenta que esto sería muy caro, además

⁷ Adrien Piper, "Impartiality, Compassion and Modal Imagination", *Ethics*, vol. 101, no. 4, julio, 1991, pp. 726-757.

⁸ Aquí estoy en deuda con Lawrence Blum, "Moral Perception and Particularity", *Ethics*, vol. 101, no. 4, julio, 1991, pp. 701-725.

⁹ Martha Minow, *Making All the Difference*, Cornell University Press, Ithaca (N.Y.), 1990.

de que no está especificado en la ley. Otra solución posible, que casi cualquiera propondría, sería enviar a Amy a un salón de clases o a una escuela especial para niños con problemas de audición, donde toda la enseñanza sería transmitida en el lenguaje gestual. Pero Martha Minow imagina una tercera alternativa, a saber, que el profesor y los compañeros de Amy aprendan el lenguaje de los sordomudos. Lo que está en juego aquí es una manera nueva de ver a Amy. En lugar de ver a los niños que pueden oír como normales y a Amy como “diferente”, y por tanto considerar que el problema consiste en cómo enseñar a Amy, Minow concibe un salón de niños con diferentes habilidades y se pregunta qué es necesario para permitir que todos estos niños aprendan. Su solución enriquecerá la vida de todos los niños; para Amy la obligación es aprender a leer los labios y a hablar, para los demás niños la obligación es aprender el lenguaje de los sordomudos. Éstas son obligaciones comparables que traen como resultado beneficios comparables.

Martha Minow es incitada a usar su imaginación, a imaginar un salón de clase en el cual la educación se da para todos los niños y se imparte tanto en inglés hablado como en el lenguaje gestual, porque rechaza la imagen moral prevaleciente que considera la diferencia como una desviación de la norma, donde “norma” parece denotar lo que es normal o promedio o prevaleciente pero implica una valoración positiva. En su lugar ofrece una imagen moral que reconoce la variedad de diferencias, pero no una norma. Las personas, por tanto, difieren no de la norma, sino unas de otras. Vemos una vez más que nuestra imagen moral conforma nuestra percepción, pero también vemos ahora que nuestra imagen moral estimula nuestra imaginación, que a su vez altera nuestra percepción.

De hecho, podemos afirmar que la imaginación moral de Minow nutre su percepción en un tercer sentido, que no fue descrito por Piper. Martha Nussbaum y Cora Diamond han señalado ambas que nuestra imaginación moral nos permite concebir una situación de nuevas maneras. Martha Minow exhorta a los abogados y jueces a considerar las situaciones que involucran individuos que difieren de la mayoría en raza, religión y habilidades etc., no en términos de un paradigma de desviación de la norma y no sólo en términos de un análisis de derechos sino más enfáticamente en términos de lo que llama, un enfoque de relaciones sociales. “El lenguaje de los derechos posibilita que individuos y grupos reclamen la atención de otros para puntos de vista que no se han tomado en cuenta. Situar los derechos en el interior de las relaciones protege contra la falsa pretensión de que todos somos iguales y libres.”¹⁰

La conclusión de este análisis es la comprensión de que no podemos distinguir con claridad y ni siquiera vagamente entre la percepción moral y la

¹⁰ *Op. cit.*, p. 389.

imaginación moral. La percepción moral incluye siempre imaginar los estados interiores de los otros, con frecuencia implica imaginar futuros alternativos y regularmente es acrecentada por una nueva concepción imaginativa. Entonces, si la percepción moral juega un papel importante en nuestras vidas morales, ejercitar y desarrollar nuestra imaginación moral es una parte significativa de nuestro desarrollo moral. Pero, ¿desempeña la percepción moral un papel importante?

Éste es el momento de hacer un resumen. Estamos tratando tres problemas: el del estatuto de las obras de la imaginación literaria en la filosofía moral, el papel de la percepción moral en nuestras vidas morales y si una “moralidad de la percepción” conduciría a una ética de la situación cero. Ahora quiero sugerir que este último problema debería ser rechazado sobre la base de que nadie defiende una posición que pueda ser correctamente descrita como una ética de la percepción.

Me parece que el filósofo más próximo a defender una ética de la percepción es Iris Murdoch, por ello he considerado ampliamente sus tesis. Pero una lectura cuidadosa de *The Sovereignty of Good* muestra que, mientras para ella es cierto que el discernimiento se basa en la percepción, esa posición se defiende dentro de una compleja ontología moral, donde la realidad trascendente del Bien, la existencia de valores independientes de nuestras elecciones, nos permiten distinguir entre la percepción genuina y la que no lo es. No acepto ni la imagen moral de Murdoch —una imagen secularizada del “hombre caído”— ni su ontología moral —platonismo con virtudes cristianas—; lo que quiero probar aquí es que su ética *no* es simplemente una ética de la percepción. También es un platonismo conformado por una imagen moral que debe mucho a la tradición cristiana y eso es lo que la salva de conducir a una ética de la situación cero.

Naturalmente, lo que causó la inquietud de Putnam fue la peculiar forma en que la percepción moral es subrayada por Nussbaum, quien la asocia, no con el platonismo, sino con una particular lectura de Aristóteles. Siendo justa tanto con Putnam como con Nussbaum, debo decir que la preocupación de Putnam fue motivada por el texto anterior de Nussbaum sobre *The Golden Bowl* de Henry James y que en sus trabajos subsecuentes sobre estos temas recopilados en *Love's Knowledge* ha respondido en repetidas ocasiones a la objeción de Putnam de que no asume seriamente las reglas.

Al emplear determinados personajes de las últimas novelas de Henry James, personajes cuya imaginación moral es tan rica y compleja como la del gran novelista y cuyas percepciones morales son extraordinariamente sutiles, Nussbaum elabora una argumentación maravillosamente persuasiva para la consideración moral y, como ella la llama, la prioridad de la percepción. Nussbaum, más que cualquier otro que yo haya leído, muestra el intrincado entramado de la percepción moral y la imaginación moral, muestra lo que la percepción

puede ser en su más alta expresión. Incluso muestra también, aunque esto se deba a la insistencia de Putnam, cómo las percepciones de estos personajes se conforman con base en sus compromisos y obligaciones previos. Sugiere que nuestras vidas morales son una conversación entre reglas y percepciones; de modo que cuando habla de prioridad de la percepción quiere decir, al menos eso creo, que la percepción tiene la última palabra. Concluyo, entonces, que hablar de una ética de la percepción en el caso de Nussbaum, como lo habría sido en el de Murdoch, puede conducir a un error. En todo caso, ninguna de ellas propone simplemente una ética de la percepción. El problema de si la “ética de la percepción” de Nussbaum conduciría a una ética de la situación cero es, pues, debatible.

Ésta es sin embargo una victoria pírrica. Ahora regreso al problema serio del papel de las reglas o principios, por un lado y la percepción-imaginación, por el otro. Lo que perturba a filósofos como Nussbaum, Diamond, Blum y otros es cierta teoría de la deliberación moral como la aplicación de reglas a casos, en los que la mayor parte del trabajo moral involucrado consiste en validar la regla, pero este trabajo, desde esta perspectiva, se asume como ya hecho. Cuando estos filósofos argumentan que en esta teoría se asimila el razonamiento moral al razonamiento científico, quieren decir a la ingeniería. De hecho, creo que incluso la ingeniería requiere, al menos cuando es interesante, algo más que la simple aplicación de reglas claras a casos también claros. Desde luego que enseñamos a nuestros hijos reglas sencillas, nosotros los adultos hemos interiorizado muchas de estas reglas y vivimos de acuerdo con ellas la mayor parte de nuestra vida sin mayor reflexión. Sin duda, sin las reglas que casi todos seguimos la mayor parte del tiempo la cooperación humana sería imposible. Al igual que sin las reglas gramaticales, que la mayoría de nosotros seguimos la mayor parte del tiempo, la conversación humana sería imposible. No debe olvidarse, sin embargo, el argumento de Adrien Piper según el cual también la imaginación modal es una condición *sine qua non* de la cooperación humana.

También debe recordarse que existen casos en los que una regla clara se aplica con claridad, pero la acción correcta no se ejecuta como algo natural, como en los casos de gran tentación o los casos de reglas claras en conflicto. Hilary Putnam está mucho más consciente de estos casos. Menciona el caso de un joven siciliano que tiene la oportunidad de unirse a la mafia. “Si acepta, hará cosas malas, venderá drogas terribles, regenteará casas de juego y explotará prostitutas, incluso asesinará; pero también vivirá con comodidad, tendrá amigos y mujeres y, tal vez, disfrutará de cierto respeto y admiración. Si se niega, vivirá una vida de pobreza casi inimaginable y es probable que vea morir a alguno de sus hijos por falta de alimento y medicinas, etc.” (*RHF*, p. 149). Podemos suponer que imagina vívidamente estas consecuencias. Aquí, Putnam está interesado en saber qué motivaría a este hombre a rechazar la invitación

de la mafia y a ser un héroe moral no reconocido, olvidado. Es obvio, que no es la mera aplicación de reglas sencillas contra el robo, el asesinato, la utilización de los demás como simples medios, etc. También es cierto que sin esas reglas, sin el conocimiento de que haría muchas cosas no sólo ilegales sino inmorales, sería inconcebible que ese hombre no pensase en volverse un mafioso.

El otro caso que Hilary Putnam considera es uno de esos dilemas que los filósofos desearían que nadie enfrentase nunca, porque es difícil confiar en las propias intuiciones, en las reacciones emocionales, en nuestra capacidad de imaginar el caso. Los terroristas han conseguido una bomba atómica y amenazan con hacer explotar Nueva York. La policía ha capturado a un individuo, sospechoso de ser uno de los terroristas y de saber dónde está oculta la ojiva nuclear. ¿Debemos torturarlo? Putnam escribe aquí: "Alguien que cree que la tortura es moralmente inadmisible y que está *comprometido* con esta idea, no sugeriría la tortura. [...] Si la idea de engañar al terrorista en lugar de torturarlo no se nos ocurre; si en el peor de los casos no se nos ocurre utilizar sodio pentotal en lugar de la tortura, si no somos tan escrupulosos como para estar *seguros* de que se ha capturado a un terrorista y que la explosión es inminente, entonces nuestro 'principio' es mera palabrería" (*RHF*, p. 194). El tipo de moralista apegado a la regla que los filósofos como Nussbaum rechazan, vería aquí un caso de reglas en conflicto; en oposición a la regla que prohíbe la tortura existe la regla que exige que se haga todo lo que esté a nuestro alcance a fin de evitar desastres que pudiesen causar la muerte de mucha gente. Lo que Putnam señala, por el contrario, es que tomar en serio la regla que prohíbe la tortura significa que no podemos ni siquiera pensar en la tortura como algo de lo que podamos echar mano o, por lo menos, considerarla como el último recurso. En este punto estamos tentados a afirmar que adoptar la regla limita nuestra imaginación moral (no consideramos la tortura) y la estimula (pensamos en el sodio pentotal). Preferiría decir, sin embargo, que es nuestra imagen moral la que limita la imaginación moral. La imagen moral de Putnam, creo, lo hace ver el sodio pentotal como "el peor de los casos", porque violenta también la humanidad del terrorista, y es justo la imagen moral kantiana de Putnam (mejor aún, los elementos kantianos presentes en su imagen moral) la que lo obliga a ver la regla contra la tortura como una regla sostenible sin excepción. Putnam sostiene, en general, que la noción de excepción a una regla debe limitarse con sumo cuidado. Los defensores de la percepción moral dirían en este punto, y correctamente, que reconocer las excepciones y los límites es un problema de la percepción. En este punto el problema no consiste en reconocer que existan ocasiones en que las reglas deben romperse, sino en que las reglas deben tener un punto final. No puede haber reglas para seguir reglas, como tampoco reglas para reconocer cuándo se aplica una regla, las excepciones a una regla no pueden especificarse de modo exhaustivo y así

sucesivamente. ¡Esto es algo que se aprende por la experiencia, por imitación, por la lectura de novelas! Desde luego que Putnam está de acuerdo con Nussbaum en la idea de que leer novelas estimula y forma nuestras conciencias, pero insiste en que las reglas son el principal mecanismo para este propósito (*RHF*, p. 195).

Necesitamos tanto de las reglas como de la percepción. El desacuerdo entre Nussbaum y Putnam, creo, por ahora no radica ahí. En todo caso, Nussbaum reconoce que necesitamos reglas y Putnam no acepta el modelo de la decisión moral como una pura aplicación de reglas sencillas a casos claros. De hecho, ha objetado tenazmente los intentos de los filósofos por resolver problemas morales mediante la apelación a principios *a priori*; tales argumentos, afirma, son siempre insatisfactorios porque prueban demasiado (*RHF*, p. 179), pasan por encima, diría Nussbaum, de las particularidades. Putnam privilegia dos metáforas para la decisión moral, a saber, la sentencia y la lectura. La sentencia implica tomar en cuenta las sensibilidades y las perspectivas y preocupaciones de mucha gente. Su ejemplo es la decisión de la suprema corte en el caso de *Roe vs. Wade*. Lo característico de la polémica sobre el aborto, tal como lo plantea, es que existe un gran número de problemas de los cuales ninguno puede ser resuelto de manera clara. Necesitamos la sentencia, afirma: “en los casos en que no podemos encontrar un principio o aplicación de un principio que no esté sujeto a controversia y que defina lo que debemos hacer” (*RHF*, p. 182). Obviamente, otros pueden afirmar que en estos casos existen principios claros que los resuelven; la metáfora de la sentencia refleja nuestra propia apreciación de las complejidades del caso, nuestra propia comprensión de que nuestra “solución” no es definitiva, que podemos llegar a verla de modo diferente.

La metáfora del juicio también implica, según Putnam, que por el momento, nuestra “lectura” de la situación es mejor que la de aquellos que la ven como un caso claro de una regla clara, al igual que una lectura compleja de Hamlet es mejor que una sencilla. Putnam aquí parece estar en desacuerdo con Murdoch, para quien la percepción más correcta, más adecuada nos deja sin elección y no es, en ningún sentido, incierta. Me parece que su desconfianza en la percepción radica tanto en su temor al fanatismo como en su temor al vacío.

Sin embargo, la metáfora de la lectura se acerca al reconocimiento de la importancia de la percepción y de la imaginación morales; ello motivó a Putnam a escribir: “La segunda metáfora —la metáfora de la lectura— asigna también un lugar especial a la imaginación filosófica. Con frecuencia, nuevas perspectivas en temas morales, nuevas lecturas de las situaciones morales han provenido de la filosofía” (*RHF*, p. 183). Putnam reconoce que la lectura de la vida y la lectura de las grandes obras de arte están relacionadas, aun cuando

son, insiste, diferentes actividades. Admitir esto es suficiente, me parece, para conceder un lugar en la filosofía moral a las grandes obras de la literatura.

Obviamente, todavía hay mucho más que decir tanto de los principios como de la percepción, tanto de la universalidad como de la particularidad. Todo esto ha aclarado, espero, lo que no podemos hacer sin las reglas y lo que no podemos hacer sin la percepción. También me sugiere que en la medida en que veamos los grandes problemas morales de nuestro tiempo como problemas sociopolíticos, se pondrá el énfasis en la importancia de las reglas, mientras que si nos concentramos en el caso de las vidas morales de los individuos, pondremos más atención en la percepción. Para considerar otra posición sobre este tema, deberíamos, sin embargo, leer el texto de Nussbaum sobre *The Princess Casamassina* de Henry James.¹¹ Al fin y al cabo, esta discusión muestra, como lo hacen otras en filosofía moral, la complejidad de nuestras vidas morales, demasiado complejas para que un solo filósofo, y mucho menos una sola obra filosófica, le haga justicia. Yo me inclino a dar la bienvenida a la advertencia de que si no reconocemos una situación moral, cuando estamos en una, si no ejercemos la imaginación moral en todas sus formas, ni siquiera la mejor imagen moral ni los mejores principios morales podrían impedir que causemos mucho daño. Pero doy la bienvenida a esta advertencia justo porque la importancia de vernos a nosotros mismos y a los demás como seres morales complejos, como seres con sentimientos, razón, con la capacidad de pensar por nosotros mismos, de mirar compasivamente, pero también de sentir vergüenza e indignación, y además el carácter indispensable de los principios de justicia que involucran a todos los seres humanos son centrales para mi filosofía moral, como creo que para la de Hilary Putnam.

En conclusión, ¿qué queda por decir sobre las novelas, dramas y obras semejantes en relación con la filosofía moral? Estoy desconcertada por el hecho de que filósofos tan diferentes en otros aspectos como Emerson, William James, Iris Murdoch han visto las obras de la imaginación literaria cuando menos como complementos indispensables de las obras de la prosa filosófica convencional.

Emerson compartía los elementos kantianos de la imagen moral de Putnam, y su convicción de que debemos tener confianza en nosotros mismos al elegir cómo vivir lo obliga a exhortar a los filósofos a convertirse en poetas, a transmitir su visión moral por medios oblicuos, de manera que sus lectores se sientan libres de tomar de esas visiones lo que en verdad es suyo. William James consideraba las novelas como una cura, no la única, pero sí una cura para esa ceguera que impide a los seres humanos apreciar las alegrías y penas, las esperanzas y los temores de la gente que lleva vidas muy diferentes de la

¹¹ Martha Nussbaum, "Perception and Revolution: *The Princess Casamassina* and the Political Imagination", en *Love's Knowledge*.

nuestra. Por último, Iris Murdoch pensaba que las novelas, y no los tratados sobre ética, pueden representar la degeneración moral o la regeneración de un personaje. Sería necesario otro artículo, y no sería sobre la filosofía de Putnam, para evaluar en su justa medida el papel de las obras de imaginación como complementos de la filosofía moral. Aquí habrá de bastar con señalar como conclusión que seguramente no es ningún accidente que los escritos filosóficos de Hilary Putnam sobre filosofía moral estén inspirados por su lectura de novelas.

TRADUCCIÓN DE FEDERICO MAXÍNEZ